

forescentes de todos colores de todos matices, raros y extraños. Las larvas luminosas giraban con creciente rapidez y chocaban contra mí; al contacto de sus cuerpos de masa viscosa, horrible, repulsiva cual la de un pulpo aumentaba la tensión de mis nervios, parecían querer estallar..... mi miedo era muy grande, ya no podía resistir.....y allá, en el fondo, sobre el muro parecía dibujarse una silueta gigantesca que poco a poco se precisaba, se notaban sus facciones duras, severas cual si fueran de granito y en sus labios aparecía una sonrisa terrible y enigmática como la de la Esfinge del Egipto, y unos ojos verdes, verdes como esmeraldas y más profundos que el mar se fijaban en los míos y lanzaban resplandores de carbunclos que penetraban hasta mi alma y me seducían, me espantaban y me atraían.....No podía resistir más: sentía que las arterias de mis sienes querían romperme el cráneo; y la mano pequeña tan fría como la nieve me oprimía, me sujetaba con fuerza inconcebible.... los ojos verdes con reflejos de carbunclos me fascinaban, me atraían con férrea voluntad, me atormentaban, me hacían sufrir; sentía un gran peso sobre mi pecho, me faltaba la respiración, me ahogaba y la sombra de ojos verdes más verdes que esmeraldas me mataba, me quería arrancar la voluntad con sus ojos fijos; y su sonrisa misteriosa, me espantaba, me volvía loco... Oh! no, no podía resistir mas esos ojos fijos más hondos que la mar, esas larvas forescentes que irradiaban en mi torno con rapidez vertiginosa en círculos fantásticos, en trayectorias luminosas.....y esa mano muerta más fría que la nieve de los polos, esos ecos lúgubres que parecían salidos de un panteón, esos murmullos espantosos que se oían por doquiera, gritos de espanto, de cólera y de risa, exclamaciones tétricas de júbilo y dolor.

Habiendo llegado a su colmo mi miedo se trocó en increíble valor y entonces grité, grité con fuerza: "No te temo fantasma maldecido!" y al instante la mano pequeña de fuerza incontrastable dejó de oprimir mi brazo dolorido, las larvas luminosas dejaron de volar; la sombra de ojos verdes, de facciones de granito, de sonrisa rara y enigmática como la de la Esfinge del desierto, se desvaneció; las apagadas luces volvieron a alumbrar y el fuego volvió a calentarse en el hogar.

Como loco corrí a abrir la ventana: el cielo esplendoroso cuajado de estrellas entre las que resplandecía la luna más

bella que una Diosa y los reflejos extraños de alegres duendecillos que gozosos retosaban en la nieve de blancura celestial (este fué el consolador paisaje que se mostró a mis ojos espantados por el miedo y el dolor)... Salí corriendo del castillo maldito, creía que la sombra de ojos verdes marchaba tras de mí, que la mano pequeña de fuerza sobrehumana se me acercaba, y corrí, corrí mucho, hasta que las fuerzas me faltaron y caí sobre la nieve más blanca que un sudario.....

Mi mente atormentada se repetía las escenas pasadas de espanto y de dolor y recordaba las larvas luminosas girando con extrema rapidez, la sombra de facciones más duras que el granito, la mano pequeña más fuerte que el acero, las voces misteriosas recuerdo del dolor.....

Y tenía frío, frío terrible y no podía levantarme de mi lecho de hielo, todo el cuerpo me temblaba, pensaba que iba a morir solo, muy solo, sin que nadie pudiera salvarme.....

Entonces desperté, las ropas se habían caído de mi lecho por lo que tenía frío y me alegré sobremanera de que no fuera más que un sueño, sueño lúgubre y fantástico creado por mi imaginación.

Abel Díaz Covarrubias (jr.)

Noviembre de 1912.

Pensamientos.

Desdeñar la calumnia es sabiduría, despreciarla es justicia y perdonarla es virtud.

El mejor predicador es el corazón; el mejor maestro, el tiempo; el mejor libro, el mundo; y el mejor amigo, Dios.

Son las dificultades y no las facilidades, las que alimentan la energía corporal y mental.

Tu mismo tienes que ser honrado, si quieres enseñar la verdad; vive honestamente, y tu vida será un credo grande y noble.

Bulwer Lytton.

No hables de lo que no sabes, y lo que sepas no lo digas sino a su tiempo y sazón; porque siempre fué el callar más seguro que el hablar.

Joaquín Stanti.